

## Siempre Nos Quedará París.

Después del divorcio, mamá volvió al cine como lo hacía antes de conocer a papá. Tardó años en recuperar aquella vieja afición de los viernes a la tarde con la que tanto disfrutaba. Esperó a que yo me independizara, y la fase que se había otorgado así misma de duelo por la separación, llegase a cicatrizar de todo. Demasiados años a su pesar. Pero lo retomó con más ansia, con más brío.

En la búsqueda de algún centro o espacio concreto que cubriera sus expectativas descubrió un club de cinéfilos que encajaba perfectamente en sus preferencias cinematográficas. Incluso coincidía el día, los viernes, como si nunca llegara a desconectarse de todo. El club recuperaba con todo acierto, versiones originales de los grandes éxitos apta solamente para los más nostálgicos. Desde *Lo que el viento se llevó*, *Casablanca* o *Harry el sucio* por ejemplo. Todo tenía cabida si se consideraba digno de ver.

Mamá, con lo que realmente disfrutaba de toda la filmografía que pasaba por su retina era la que figurase como telón de fondo la ciudad de París. Sí. Tenía fijación con esa ciudad en concreto. Se remontaba a los años de noviazgo con papá. Le había prometido como viaje de novios regalarle ese capricho. Pasearse por su ciudad soñada, la ciudad del amor. Pero el destino o lo que fuese no hizo que todos los astros se juntaran para realizar dicho viaje. Por eso, su pequeña gran fijación. Su espina clavada. Por eso, se evadía con *Los amantes de Motparnasse*, *Los 400 Golpes*, o *París je t'aime*, su preferida. Porque además del telón de fondo, concurrían los protagonistas, Audrey Hepburn con su saber estar y el siempre apuesto Cary Grant, actores por los que mamá tenía gran devoción. La típica pareja de enamorados que se besa al anochecer en un puente sobre el Sena. Incluso llegó a aprender francés, por si alcanzaba a pisar suelo galo algún día.

De ese reenganche con su vieja afición ya han transcurrido unos años. Ahora, la actriz principal de la película es ella. Lo único que no coincide en la escena es la ambientación. Tampoco coincide el guión marcado por el director. No. El guión no es nada sencillo de seguir. Tampoco el director es gran amante de las nuevas tecnologías, por mucho que suene raro a estas alturas de la vida. La directora, en este caso, se tuvo que poner las pilas y abrirse mucho de mente para ser una auténtica especialista en tales menesteres. También ayudó mucho en esta película todavía en fase de producción, y como ayudante de cámara, mi tía Lola.

Después de enviudar se vino a vivir con su hermana Rosa, osea mamá. Siempre se llevaron bien, pero la distancia, el trabajo y las obligaciones de cada una no las hizo

coincidir tan a menudo como ellas deseaban. La tía, más sentimental que mamá optó por venirse a casa a vivir con ella. La soledad nunca fue su plato fuerte, y así de esa forma las dos hermanas ganaban con el cambio.

Todo iba bien en la convivencia, son hermanas y los gustos y pareceres son muy parecidos. Hasta hace unos meses, cuando la tía me llamó para comentarme que mamá decía cosas extrañas. También su comportamiento estaba siendo distinto al de siempre. Al principio, eran pequeños detalles a los que no le había dado la importancia más que en su justa medida. Pero las rarezas se fueron acentuando, haciéndose tan constantes que no tuvo más remedio que llamarme llena de preocupación.

El comportamiento comenzó a ser distinto un día por casualidad. Salía de una consulta del dentista y tardó mucho en regresar a casa. Al llegar, la tía la encontró muy nerviosa. Demasiadas horas para la reposición de un simple empaste y la consulta ubicada en la otra esquina de la calle. Después de interrogarla durante largo rato, mamá le comentó que la habían estado persiguiendo varias personas hasta la casa. Que tuvo que dar varios rodeos para que los que la acosaban no supiesen donde estaba su hogar, por si la acorralaban justo en la puerta y pretendiesen hacerle daño. Las pintas de los que la perseguían eran muy raras, y tenía miedo de que la secuestrasen o robasen, incluso le dejó caer que como se había acicalado mucho para salir a la calle, que las pintas de canallas que les había visto, tenían todas las trazas de querer violarla.

Tía Lola al principio se lo creyó, la idea tampoco se hacía tan descabellada. Mamá siempre llevaba bastante dinero en efectivo ya que era enemiga de usar tarjetas y de la electrónica en general; supuso que alguien la vio sacar dinero y la siguió para robarla. Hasta ese detalle, que aunque pasara por un incidente sin demasiada importancia al principio, en el fondo no lo fue. Todo lo contrario. Fue el principio de todo lo que vino después. Mamá comenzó a no querer salir de casa, por si estaban esperándola en alguna esquina para atracarla o hacerle daño. Insistía demasiado en lo que pretendían era abusar sexualmente de ella sobre todo. La idea del abuso sexual se hizo recurrente, como si de repente el instinto sexual volviera a florecer, pero de forma exagerada. Otra rareza que no se explicaba en mamá.

Permaneciendo en un estado de ansiedad tan exagerado que hacía culpar a mi tía. Sí, a la pobre tía, que la animaba a salir otra vez a la calle para continuar con su vida y mamá le daba por pensar que ella formaba parte de los que la querían robar. Que estaba conchabada con ellos. No había manera de hacerle entender de que su hermana estaba de su parte, que era imposible que le quisiese hacer daño. Pero mi madre estaba en las trece de culparla. Lo único que conseguía mamá con sus reproches era incitar a la tía de

pensarse seriamente en volver a la soledad de su casa.

Continuó recriminándole no solamente de quererle hacer daño, si no de dejarla en ridículo, de ponerla en evidencia. De que la espiaba, primero detrás de las puertas o desde los visillos de las cortinas por ejemplo. Desde cualquier lugar de la casa estaba la tía al acecho de lo que hacía.

Tampoco le bastaba con espiarla, después comenzó a acusarla de que le descolocaba sus pertenencias tras su paso. Que le desordenaba la ropa, hasta se metía en su habitación para esconderle los pijamas y deshacerle la cama. Todo ello de forma malintencionada, como si quisiese hacerla pasar por loca.

El momento exacto de la llamada surgió cuando mamá había dado un paso más en sus recriminaciones, había saltado a otra fase todavía más preocupante, a la fase del envenenamiento. Mi tía pretendía envenenarla con el café demasiado cargado que se tomaba nada más levantarse por las mañanas. Una idea tan irreal como descabellada. Lo supo por el farmacéutico. Había recibido su llamada porque unos días antes mamá le había llevado una botella de leche para analizarla, supuestamente envenenada por la tía. Juan, el farmacéutico, es un viejo amigo de la familia, y al encontrar a mamá en un estado tan alterado no tuvo más remedio que llamar a la tía para comentárselo. Además, también la acusaba de que le robaba, que la tía aprovechaba las noches mientras mamá dormía para sacarle el dinero de la cartera y luego fingir que no había sido ella, para dejarla todavía más en evidencia.

El giro del guión comenzó con el diagnóstico de la enfermedad de mamá. Está en fase de estudio, en cuarentena, como nos comentó el psiquiatra, para estar más seguros, no obstante la primera valoración que realizó fue de un brote psicótico. Todavía le están practicando pruebas, muchas, para descartar otras enfermedades que influyan en el diagnóstico. Faltan los resultados de radiografías y escáneres que puedan dar un juicio más concluyente. Por sus síntomas, lo más probable es que se trate una psicosis emergente de tipo orgánico. Es decir, que la conducta que está arrastrando últimamente sea debido a una enfermedad que afecte al cerebro, no siendo descartable incluso una demencia. Demencia de tipo frontal para ser más exactos. Todo eran vocablos nuevos para mí, y que debía asimilar así de repente, como un jarro de agua fría. Sin la ayuda encomiable del doctor Senén, el psiquiatra, el agua seguiría siendo fría. Fue él quien me resolvió las dudas y me orientó en la posible evolución de la enfermedad. Este tipo de demencia no es tan frecuente como las demás, y el diagnóstico también tarda en producirse. La neurodegeneración es selectiva y aparentemente la persona que lo padece y los que la rodean no se dan cuenta hasta que las señales que sean más evidentes. Mi

madre es relativamente joven. Todavía no cumplió los sesenta y cinco años. Pero tampoco es descartable que sufra este tipo de demencia tan infrecuente y antes de la senectud. Es una posibilidad por sus síntomas.

La medicación le aplaca el nerviosismo, y esa angustia vital que la hace agitarse súbitamente. Contemplarla en ese estado de alteración continua me excita a mí también. Tuve que trasladarme de vivienda y alquilar una cerca de mamá. Hasta donde sea posible quiero que sigan las dos hermanas juntas e independientes. Sé que la tía sufre, pero quedó más tranquila con un tratamiento para mamá. El psiquiatra me dio una solución que me dejó a mí también más tranquila, y a su vez mamá está continuamente controlada.

Las nuevas tecnologías hicieron que comenzara a rodar la película de mi vida. Se trata de una aplicación móvil. Todavía está en fase de experimentación. A través de una webcam situada en una zona común del hogar, yo la ubiqué en el salón, puedo vigilar el estado de salud y bienestar de mamá. Incluso puedo hablar con ella o con la tía si quiero, sin estar presencialmente a su lado todo el tiempo. A mí me da mucha más seguridad y a ella cierta libertad. Además, la app está conectada con la aplicación del psiquiatra por si necesito de su opinión profesional en cualquier momento o mamá tiene algún problema con la medicación.

Por las noches sigo acudiendo a casa, como si nunca me hubiese ido. Cruzo las dos calles que me separan de mamá y estamos juntas. Aunque la actriz principal de la historia ahora es ella, seguimos contemplando París en las viejas películas que le traigo. Me encanta mirarla y cuidarla. Se me hace un nudo en la garganta cuando hace desconexión con la realidad y comienza con el discurso de los espías. Ahora dice que la espía el médico al que la llevamos. Que también la quiere envenenar. Yo me río para mis adentros, porque de esta vez en parte tiene razón.

Lo que ha logrado mamá en todo este tiempo que estamos juntas es contagiarme su pasión por París. Ya me he apuntado a clases particulares para mejorar mi dicción. Igual es hora de hacer ese viaje pendiente.

Gracias mamá.